

Introducción

Quiero empezar esto dejando claro que buscarle una aplicación práctica a la filosofía hace que esta pierda toda su gracia e interés, la vuelve fría, como las ciencias de las que tanto nos enorgullecemos en este nuestro siglo XXI, y que no poseen profundidad ninguna, más allá de un raciocinio y ansia de explicación empírica. Conocimiento que lo vuelve todo tan yermo y determinado que resulta agobiante existencialmente.

La utilidad de la filosofía sigue otro camino distinto, no es ciencia ni lo será y buscarle un uso en esos ámbitos es propio de niños enrabiados que no quieren aceptar que su juguete favorito no puede hacer lo que sí el de su amigo.

No estoy diciendo que sea una materia inútil, simplemente que hay que saber poner cada cosa en su sitio, diferenciar simplemente, y así no perder el tiempo con cosas obvias desde el primer instante en que se piensan. Esta disciplina tiene una utilidad vital, aunque a lo mejor solo para los que gustan de sentir pensando.

Seguimos

La filosofía abarca mil una dimensiones distintas de la persona en sí, el ser humano la lleva dentro, como algo innato, incluso cuando aprenderla en un instituto no es algo que le guste a todo el mundo. Veámoslo desde el punto de vista adecuado, no me refiero simplemente al ámbito que recoge de esta un colegio de enseñanza, el cual es mucho más ortodoxo y que por su dificultad o falta de sentido en la vida cotidiana hace que la mayoría de los alumnos pierdan el interés en ella. Va más allá de eso, el simple hecho de pensar en el momento de inspiración de uno de esos artistas que transmiten con tanta facilidad sus sentimientos en sus obras lo demuestra, ¿no creéis que en ese instante en el que hizo su creación, rondaban en su cabeza pensamientos existenciales, o amorosos, o alguno de cualquier otro tipo? De esos que nos taladran el cráneo hasta dejarlo agonizante.

Esa inspiración de la que hablo y que nos produce un masoquismo cognitivo inevitable también es filosofía, y no me creo que a alguien no le haya pasado alguna vez. Nos preguntamos involuntariamente por cosas a las que sabemos que no le vamos a dar una respuesta clara, solo porque podemos, porque somos humanos y tenemos esa capacidad, a lo mejor porque nos divierte martirizarnos en el fondo, o simplemente porque está en nuestra naturaleza. ¿No es eso lo que hacían los grandes filósofos a una escala mayor?

Una araña, la cual no posee ningún tipo de capacidad racional, cuando está embarazada empieza a tejer su red para poder poner sus huevos. No lo hace porque sepa que está preñada, lo hace porque se lo dice su instinto, sin saber por qué y nunca se lo preguntará, no está en sus genes hacerlo, ¿para qué? Más lejos aún, la araña no tiene conciencia de individuo, no sabe lo que es, ni cómo llegó hasta lo que es, y eso tampoco se lo preguntará.

La filosofía es algo intrínseco del ser humano, es su distintivo, su conciencia de individuo, de acto, surgió en nosotros con el raciocinio hace miles de años, para bien, o para mal. Nos lleva a cuestionarnos desde las cosas más sencillas a las más complejas, por inercia.

Gracias a ella somos conscientes de nuestra propia existencia, nos permite avanzar y frena la testarudez, evita vivir una vida vacía de sentido, que perdió cuando la supervivencia de uno mismo dejó de ser un problema.

Todo dilema planteado fuera de la fría ciencia moderna, para el que no exista una respuesta única, clara, es filosofía.

Reside en lo que queda en el azar del pensamiento. Las artes, incluyendo en ellas la literatura, surgen de esta. Nace de nuestra angustia, de nuestra curiosidad, felicidad o cualquier clase de sentimiento del que somos conscientes a diferencia de la pobre araña. La consciencia de este sentimiento incita al ser humano a plasmarlo en el mundo de alguna forma, ya sea en papel, pixeles, etc.

Su uso no es otro que desahogarnos, calmar nuestra razón y permitirnos vivir más allá de la aburrida objetividad material.

La persona no tiene únicamente una dimensión física, la evolución de su cerebro ha creado una dimensión abstracta fuera de la realidad. Solo existe dentro de su cabeza y de una forma u otra parece que comparte esa falsa realidad con los demás.

Ello desemboca en multitud de cosas, algunas antes mencionadas, otra es la sociedad, en resumen, la idea clara de existencia de otros individuos, saber que ellos también sienten, que también piensan, poder intercambiar ideas o emociones, compartir una cultura. Nada de eso existe fuera de nosotros.

Aquí también trabaja la filosofía, en forma de ética, de leyes surgidas de convencionalismos, de los problemas existenciales que las mismas relaciones interpersonales provocan.

En definitiva, la filosofía no sirve para nada en un mundo que lleva una marcha como el actual, hacia la apatía y la utilidad medible físicamente. Se ha olvidado por qué se hacía arte, es mejor el dinero que proporciona, es más práctico. También queda de lado en muchas ocasiones el bien común a cambio de intereses propios. Ya no se piensa fuera de lo establecido, no se crítica, porque nos lo dan todo hecho, masticado, las cosas son de una manera y punto, o eso parece enseñar los institutos: presión, utilidad, recompensa, competitividad. El mercado lo refleja.

Hay que aprender a sentir pensando, desde la inteligencia y la razón, a apreciar la filosofía más allá de lo que nos enseñan ortodoxamente, ya habrá tiempo para aprender lo formal y de alto nivel, primero hay que enseñar a pensar, a “filosofar”. No existe edificio que se sostenga sin una buena base.

Apogeo nihilista.